Roberto Bracco, que formó su conciencia en tiempos poco gloriosos para la nación, podría servir de ejemplo y de censura a muchos jóvenes escritores del día, que aun después de la terrible y maravillosa experiencia de la guerra, persisten en no tener más ambición que el éxito, y, sin embargo, o siguen los caminos trillados de la tradición dramática, o se irritan en tentativas artificiosas que no tienen de artistas más que la apariencia. Necesitamos un arte serio y reflexivo, exquisito y profundo: el arte dramático, en sus formas propias, debe representar el mundo actual, tan caótico; nuestra sociedad, tan tumultuaria; nuestras ideas, tan contradictorias; nuestros sentimientos, tan mudables y extraños. Por esto Bracco es aún, y hoy más que nunca, un maestro. Artista que aspiró siempre a encumbrarse y llegó con frecuencia a las cimas más altas, tuvo que lamentarse a menudo de las injustas severidades de públicos ignorantes y no preparados, pero la falta de éxito no le desvió nunca de su camino. Maravilla, en efecto, el observar cómo todo su teatro, que, dignamente publicado por el editor Sandron, comprende ya diez gruesos volúmenes, presenta una unidad ideal, una compasión sentimental, una organización técnica característica, inconfundible y verdaderamente bracquianas; así es que parece imposible dudar de la sinceridad y probidad de este escritor. Y menos se puede dudar cuando se confronta lo que Bracco ha sostenido como crítico en periódicos y revistas, con lo que ha actuado como autor.

Estos días he leído, y releído en parte, el denso volumen publicado por Bracco en la casa editorial Giannini de Nápoles: "Tra le Arti e gli Artisti." He admirado las rápidas características de célebres actores, como Novelli, la Duse y Zacconi, y los bellos medallones de Joachim, Kubelik, Réjanc, Sada Yacco, Ivette Guilbert, etc.; he apreciado mucho los elocuentes y conmovedores discursos, sobre papá Goldoni y el buen Rovetta... Pero—¿necesito decirlo?—mi más vivo y profundo interés se ha fijado en las páginas de "bosquejos críticos y polémicos." Con la mayor satisfacción he reconocido la perfecta correspondencia entre lo que Bracco ha predicado y lo que ha hecho; la admirable adherencia entre su mundo internacional y su mundo estético realizado. Puede suceder que esto demuestre para algunos una mentalidad crítica limitada y exclusivista, no abierta a todas las formas artísticas posibles; pero esto debe ser para todos una prueba luminosa de la franca personalidad de Roberto Bracco.

"En el teatro no hay arte sin psicología... Me parece que un 'personaje' o un 'hecho' contemplados por el autor en su originaria vitalidad son ya un producto psicológico... La psicología del novelista ¿puede ser la del comediógrafo? Sí. La diversidad está en los medios y en la forma..." Y yo pienso en las "Tragedias del alma," en "Maternidad," en "La pequeña fuente," que son precisamente psicología en acción: estudios del alma en evolución, representaciones de estados de ánimo en continuo cambio, crisis de conciencias en lucha y sufrimiento. Pienso también en los "Fantasmas" y en el "Santito," donde el arte intenta, con formidable atrevimiento, representar los estados de ánimo más secretos y casi inexplicables, rebasar los límites de la conciencia, para penetrar en el misterioso dominio de la subconciencia.

En 1895, Bracco proclamaba la necesidad de la psicología en la obra teatral; en 1901, contra Capuana, sostenía la legitimidad de un drama que presentase un problema y aspirase a expresar un "pensamiento," a dilucidar una "tesis," a exponer un "hecho" significativo, a suscitar una discusión útil, y conseguir un fin ético... Reconocéis al admirador de Ibsen y de Hauptmann, naturalmente, pero también al autor de tantos dramas, que en el acto de representar una crisis de conciencia, plantea un problema moral y lo resuelve. El amor ("La fine dell' amore"), el adulterio ("L'Infedele, Tragedia dell'anima"), la maternidad ("Maternitá"), la fuerza inspiradora y fecundadora de la bondad y de la humildad ("Piccola fonte), la fidelidad de ultratumba ("I fantasmi"), la sugestión religiosa ("Il piccolo Santo"), la edad del amor ("Nemmeno un bacio"), en realidad son "tesis", pero no en el sentido en que se dice, por ejemplo, que la necesidad del duelo es la tesis de la comedia homónica de Ferrari, sino en el sentido, mucho más moderno y más profundo, de problema moral. Bracco ve, en todo lo que acontece, el resultado de causas psicológicas; estudiándolas y estudiando también el proceso de su desarrollo hasta el último resultado, es natural que sea inducido a juzgar, y cuando juzga—no catedráticamente, sino iluminando a sus personajes con una luz más o menos simpática—consigue perfectamente un fin ético. Y lo alcanza tanto más, cuanto que Bracco es una personalidad moral, un hombre que, en la representación satírica o trágica de la vida, está siempre inspirado por un sentido profundo de simpatía humana hacia los humildes, los abandonados, los infelices y, entre los hombres y las mujeres, especialmente hacia estas últimas, que

son precisamente las más débiles e indefensas, y también, dígase lo que se quiera, las más sinceras y generosas. Bracco es, en fin, un hombre para quien el ideal existe, llámese bondad, nobleza, sinceridad, deber, religiosidad y que, ante la culpa, si no es posible el perdón, le queda al menos la piedad.

"La esencia humana es siempre el elemento principal que el artista busca cerca o lejos de él; y el resultado de esta rebusca constituye el valor intrínseco de la obra de arte": esto afirmaba Bracco en 1901, contra ideas opuestas de Cheochi. Y tres años después, discutiendo con Ugo Ojetti sobre la etnografía en el teatro, sostenía que de "Nápoles a Roma, de Roma a Turín, de Turís a París, el pensamiento, los nervios, la sangre de los hombres—y de las mujeres—no sufre más que pequeñas transformaciones aparentes, superficiales, de forma, que un artista observador tiene el derecho de utilizar cuando no se proponga localizar sus manifestaciones."

Pues bien: éstas que para nosotros son claras verdades, reciben nueva prueba en algunas obras del mismo Bracco; en "Sperduti nel buio" y en "Don Pietro Caruso," por ejemplo, que son dramas que tienen por ambiente bajofondos napolitanos, pero son verdaderamente bellísimas obras de arte, que retratan, más allá del ambiente exterior, almas en sus penas secretas y en sus dramas íntimos.

E.

La educación de los adultos en la Rusia Soviet

N. K. ULYANOVA [señora Lenin]

(De "The Socialisa Review", Londres)

Si la escuela elemental ofrece inmensos problemas para resolver, la escuela técnica no es menos importante que aquélla. Hasta los tiempos presentes, las instituciones de enseñanza se han fundado principalmente en interés y provecho de aquellos que querían dominar en el mundo. Pero ya las condiciones de la sociedad han cambiado en Rusia y los obreros y campesinos que inspiran el nuevo gobierno consideran las instituciones de enseñanza como obras fundamentalmente necesarias a la sociedad. Además de la instrucción elemental, el pueblo necesita una educación técnica y profesional, indispensable ya para el "control" y la buena marcha de la producción, para el funcionamiento de las asociaciones agrícolas y como base y fundamento de todas las actividades del país. Obreros y campesinos se han convencido que careciendo de toda instrucción se incapacitan para dirigir la producción y encauzarla hacia su destino, para llegar a ser los verdaderos dueños de lo que producen. Hechas estas consideraciones, débese advertir inmediatamente que en lo futuro, para el régimen inaugurado por los Soviets en Rusia, la educación técnica y profesional ha de ofrecer un carácter distinto del que hasta aquí ha tenido en los países capitalistas.

Hasta el presente, la enseñanza profesional se limitaba a convertir un ciudadano cualquiera en un obrero apto para un oficio mecánico determinado; pero desde ahora debe darse al obrero, además de la preparación para un oficio, un aprendizaje profesional completo, para que comprenda bien el alcance de la industria a que quiera dedicarse y tenga entero conocimiento de la misma, de manera que sepa qué papel ha de representar en ella. La ciencia ha de venir, en este caso, en ayuda de la naturaleza, mostrando al obrero los secretos de la industria a que se dedica, enseñándole su historia, su evolución y el posible desarrollo que puede alcanzar, así como el papel que tal industria representa en el conjunto de las fuerzas productivas de la sociedad. Estas enseñanzas, empero, no serían suficientes si no se dieran de la mano con el estudio de la historia del trabajo y de la cultura, es decir, de la civilización, y si al propio tiempo se descuidara el conocimiento claro de lo que en el mundo representan las ideas políticas y económicas y sus luchas al través de los tiempos. Es decir, que dando al obrero, además de la educación estrictamente técnica o profesional, una educación o aprendizaje de conocimientos generales, relacionándolos siempre con su profesión, se le dará una visión extensa del trabajo a que quiere dedicarse, se amplificará considerablemente su campo de acción y así tendrá una idea exacta del desarrollo de la producción, cosa esencial para quien está llamado a ser a un tiempo el creador y el dominador de la riqueza común y que hasta ahora ha sido solamente el esforzado productor de la misma.

También deben establecerse escuelas de un tipo superior, esto es, las que podrían llamarse Universidades del Pueblo. Con la reforma de las escuelas de tipo superior, se han abierto las puertas de la Universidad a todo aquel que necesita de ella. Pero con esta reforma no se ha conseguido todavía poner al alcance del pueblo una educación apta para todos. Antes de escoger una rama determinada de estudios, que sean base de una profesión o de una especialización futura, es

necesario tener una idea más o menos exacta de todas las demás ramas del saber existentes. Débese, pues, poseer una educación general y saber los métodos a seguir para cada clase de conocimientos o especialidades. Si se abre las puertas de la Universidad a cuantos deseen entrar en ella, sin necesidad de una calificación previa, se obliga a la mayor parte a que abandonen pronto los estudios: las escuelas superiores han de facilitar la entrada a la Universidad, dando a los ciudadanos que no la tuvieren la previa y necesaria preparación. Estas escuelas superiores producirán, indudablemente, resultados mucho mejores que los que hasta aquí daba la enseñanza llamada secundaria. En estas nuevas escuelas se depurarán las enseñanzas que hasta el presente se han venido dando en los Liceos e Institutos que preparaban a la juventud para las carreras liberales, y se dará al obrero y al campesino que estén en condiciones de entrar en ellas una educación racional, despojada de todo bagaje inútil, enseñándole todo cuanto sea esencial para las relaciones que con la sociedad ha de sostener cada hombre, a fin de que cada uno de por sí sea apto para amoldarse al nuevo concepto de la sociedad y deseche el prejuicio de la diferencia de clases, incorporándole de hecho a la gran familia del proletariado mundial. La escuela superior y técnica está saturada, en todos los países, del espíritu burgués, y es cosa esencial que este espíritu desaparezca. Puesta la escuela en manos del proletariado, y de un proletariado que mira hacia el mundo entero, ha de revisar su obra pretérita con un profundo sentido crítico, aprovechándose de lo que sea viable y bueno, desechando o destruyendo cuanto en ella haya introducido la cultura burguesa, hasta aquí dominadora.

Forma parte del programa de la educación de los adultos la organización de cursos especiales y de controversia, de lecturas populares, de sesiones cinematográficas docentes, de excursiones científicas y recreativas, de Museos, Exposiciones, etc., etc.

Cursos especiales, de discusión y de controversia, lecciones sueltas, lecturas, audiciones, etc., responderán a la inmediata necesidad de cultura que experimenta la masa del pueblo, que para esto se encuentra perfectamente dispuesta, pues está lleno de viva curiosidad y del deseo de aprender, tanto más cuanto se le den las enseñanzas de cie de "syllabus" de estas lecturas. El gobierno ruso cuida ya de imprimirlo.

Adoptado a la escuela, para fines didácticos, el cinematógrafo puede ser un gran instrumento de emancipación o de esclavitud. En el Comisariato de Instrucción Pública de la República de los Soviets hay una sección especial para el servicio de Educación por medio del cinematógrafo. Esta sección cuenta con una consignación de seis millones de rublos para la confección de películas cinematográficas que hagan arraigar en el pueblo los conceptos de solidaridad humana y de internacionalismo, la idea de una organización superior de la producción en interés del pueblo entero y no de una clase sola o de un individuo determinado, etc. Estos "films" se distribuirán por los cinematógrafos provinciales, para descargar la atmósfera moral, emponzoñada por la obra nefasta de tanta película huera y trivial a menudo, y siempre inmoral, como se ha venido confeccionando con el solo objeto de lucrar y pervertir al pueblo.

Por lo que a los Museos se refiere, debemos notar que, hasta aquí, se han especializado en muy limitadas materias. Había Museos de Historia Natural, de Arqueología, de Etnografía, de Higiene, etc. Pero en todos ellos se encuentra la falta de una sección social. Algún paso se ha dado ya en Rusia en este sentido: la Academia Socialista de Moscow ha organizado en aquella ciudad un Museo Social. En este Museo se confeccionan con verdadero arte toda suerte de cuadros y diagramas estadísticos sobre problemas sociales, políticos y económicos, como por ejemplo el militarismo, la producción, el consumo, la industria, etc. La función del Museo y sus actividades vienen determinadas por una Comisión especial de los socialistas comunistas. Los cuadros y diagramas establecidos por el Museo de Moscow se reproducen profusamente para ser distribuídos entre los Museos Sociales que se van creando en todas las provincias rusas.

La organización de bibliotecas populares es tan importante como el establecimiento de las escuelas técnicas y profesionales para adultos, pues influyen directamente en la cultura del pueblo. En este capítulo, la República de los Soviets ha hecho un verdadero derroche de riqueza. Cada comunidad, cada pueblo, organiza su biblioteca especial, y para ello se gastan considerables sumas A pesar de todo, estas bibliotecas resultan

a quien Anthero de Quental dedicó uno de sus mejores sonetos.

—

Estamos en una de las calles más típicas de la vieja Lisboa. Para ir desde los barrios nuevos, desde la Avenida a la Academia Real de Ciencias, en la "Rua do Arco a Jesús," se trepa en el elevador "da Gloria," que deja en el bello y melancólico jardín de San Pedro de Alcántara, uno de los más deliciosos rincones del mundo para ver y para soñar...

Desde allí se otea toda la parte oriental de Lisboa, la Lisboa oriental de la arcaica división entre el Arzobispo y el Patriarca de las Indias. Es una perspectiva admirable, rincón callado y tranquilo, sombreado por árboles vastos y rumorosos; un jardín quieto y dulce de ciudad tropical...

Entrase luego a la Rua del Gremio Lusitano—caserón cerrado e impenetrable que da nombre a la calle, con profusión de astas de bandera—, y luego prosíguese por la Travessa dos Inglezinhos, dejando a un lado dos o tres calles transversales del barrio alto y viniendo a parar a la melancólica plazoleta que forma la iglesia de Sáo Pedro o Sao Paulo. A un lado queda la Rua Luz Soriano, y enfrente de la iglesia, con su fachada anaranjada, la Rua dos Caetanos, donde está el edificio del Conservatorio de Música, caserón nobiliario con aire cansado y viejo... Pero yo, instintivamente, con esa especie de olfato que guía al viajero en una ciudad extraña, desciendo por la "Calzada dos Caetanos." Es este un barrio de tradición literaria; en la "Calzada" o en la "Rua vivió casi toda su vida Bamalho Ortigao, el vibrante autor de "Las Farpas," la mayor fuerza satírica que ha tenido Portugal en el siglo XIX...

Y aquí, en esta calzada que ahora piso, vivió y murió, en una casa modesta, casi esquina a la "Rua do Loureiro," el glorioso historiador portugués Oliveiro Martins. Me detengo ante la lápida que reza la memoria del ilustre autor de "Historia de la civilización ibérica." Emocionado, leo la lápida, que en términos sencillos—como la vida del filósofo—encomienda su recuerdo y la ejemplaridad de sus virtudes cívicas a los ciudadanos portugueses...

Este fué aquel hombre admirable que alió al poder de evocación de un Michelet el estilo elegante y sobrio de un Guizot, la grave aspereza ibérica de un D. Francisco Manuel de Melo y esa capacidad para las ideas generales que es característica de un Taine; este es el etnólogo que ha dejado obra tan profunda como la "Historia de la civilización ibérica," el artista prodigioso que ha dado evocaciones históricas que tienen la fuerza romancesca de un Agustín Thierry o de un Walter Scott en "Phoebus Moniz" o en "Os filhos de Dom Joao I"; este es el economista austero que ha abrillantado con joyas literarias "la hórrida y lúgubre ciencia," como la llamaba Carlyle; este es el historiador admirable, único, que siguiendo las huellas del gran Herculano escribió la "Historia de Portugal" y dejó esos volúmenes incomparables por la evocación realista de las figuras históricas y por el vigor del estilo, así como por la pasión patriótica que se titulan "Portugal contemporáneo"... Aspero fué a veces Oliveira Martins con sus compatriotas; quizás alguno aun le guarde rencor por aquellas imprecaciones y aquellas profecías de profeta bíblico que hizo a su pueblo: Mas todo puede perdonársele, porque amó mucho a su pueblo; y de él podría decirse lo que él dijo de D. Pedro V: "Parecía un monje sonámbulo; pero la mocedad, la virtud, grabadas en su rostro, ganaban un encanto de melancolía con esa pérdida de las noches en vela... El día, la luz del sol, la realidad, los hombres, todo entonces se le figuraban un sueño, una pesadilla triste, un mal sino... Cuando no era fúnebre era epigramático; parecíale su reino el peor de Europa."

Así, pareciéndole a Oliveira Martins su país "el peor de Europa," trató siempre de corregirle, con una aspereza que recuerda la de nuestro Costa. De él es esta síntesis admirable que resume la situación internacional de Portugal: "¿Mantiénenos, con todo, de pie sólo esta protección de Inglaterra? No, ciertamente. Nos defiende el desorden de España, por tantos lados semejante al nuestro; defiéndenos el haber allí aquello mismo que constituye nuestro mal orgánico: la falta de alma o pensamiento consciente en la dirección del Estado. Defiéndenos también, vagamente, la historia de sus siete siglos tan fustigados por la retórica, con la lengua diferenciada, con una dinastía, con un Camoes, hasta con el estallar de cohetes y frases en los primeros de diciembre. Todo eso tiene su valor, aunque muchas veces lo pierda por la manía de desproporcionarlo todo, grave síntoma de nuestro juicio desequilibrado." Son estas palabras del "Portugal contemporáneo"...

Los españoles hemos de ser, por doble motivo, idólatras admiradores de Oliveira Martins: por lo que él vale como figura universal y como personalidad peninsular y

por lo que nos amó... Porque a sus dotes de economista y de historiador, a su estilo soberano y a su capacidad de pensador, que son universales y que le parangonan con Michelet, de quien tiene el poder mágico de evocación; con Taine, de quien recibió la exactitud y el escrúpulo científico, y con Carlyle, de quien ha heredado el áspero pesimismo, aunó en su espíritu un fervoroso amor a España, a la "Hispania mater," creadora de pueblos y de razas...

Amor que bien claramente manifestó en ocasiones diversas, aun a costa de la impopularidad en su patria. Bástenos recordar como "penhor" gratísimo de admiración a nuestra patria aquellas palabras sinceras y crudas, inscritas en el "Portugal contemporáneo" a propósito de las polémicas suscitadas por el libro "La Iberia," de don Sinibaldo de Mas, traducida y prefaciada en la edición portuguesa por el gran orador, polígrafo y también hispanófilo Latino Coelho: "Aparecieron graves folletos sombríos, pintando con sinceridad o sin ella las amenazas inminentes. 'Y despertar en el pueblo el odio a Castilla fué otra vez, como siempre ha sido, un medio de hacer oposición.' "

El Aniversario de la Revolución universitaria del Perú

RAUL PORRAS BARRENECHEA

(De "La Prensa", Lima)

Con legítimo alborozo celebra hoy, la juventud universitaria, el aniversario del gran movimiento de reforma iniciado por los alumnos de la Facultad de Letras, que ha dado por resultado la transformación radical del régimen interno de la Universidad. Recordando este acontecimiento de la vida estudiantil, reproducimos la historia de él escrita brillantemente por Raúl Porras Barrenechea, distinguido alumno de jurisprudencia que fue uno de los iniciadores de la revolución en los claustros, historia que publicamos en nuestro almanaque de diciembre último.

La revolución universitaria

De junio a noviembre ha habido un sonoro alboroto en la casa de San Marcos. Los estudiantes se arrogaron bélicamente la misión de reformar la Universidad, vieja aspiración proclamada a menudo, pero no llevada a cabo por los maestros y afanosamente sentida desde hace muchos años por todas las generaciones que pasaron por San Marcos. El gesto de los estudiantes ha sido diversamente juzgado y no es raro que el timorato sentido común lo haya calificado de vulgar acto de indisciplina. Para los que viven cerca de la Universidad y se preocupan de su prestigio, el movimiento universitario tiene otra orientación y otro significado. Por lo menos evidencia en la juventud un fuerte espíritu de solidaridad no alcanzado antes de ahora y una poderosa dotación de energía.

La universidad vieja

Quienes han pasado por San Marcos no pueden negar que la Universidad vieja necesitaba transformarse. En la antigua y asendereada ley de instrucción había recodos para el abuso y el desobedecimiento de la ley, buscados por los mismos decanos y catedráticos encargados de custodiar su cumplimiento. Para nadie es un misterio que las cátedras no se proveían desde hace muchos años por concurso, sino por correligionarismo político o afectuosa camaradería. El personal docente así nombrado tenía que ser inepto y deficiente. En las relaciones entre discípulos y maestros substituían las fórmulas de la disciplina arcaica: listas de clase, promedios, ninguna ingerencia de los alumnos en los consejos, y hasta esa fórmula de sujeción del discípulo al maestro por el poder concedido a éste de otorgar cartulinas doradas con opción a la gráfica publicidad de los diarios. De estos males y de otros mucho más íntimos, pero no menos lamentables, se resentía la Universidad vieja. La obra del último movimiento ha tendido a librar a la Universidad de esos males, tenazmente arraigados en su organismo.

Los preliminares de la reforma

Las primeras inquietudes individuales pueden fijarse en mayo del presente año. La presencia en Lima de Alfredo Palacios puso en contacto a los más fervorosos convencidos de la reforma con el ilustre maestro argentino, quien en una reunión, a la que invitó a los estudiantes Luis Ernesto Denegrí, Ricardo Vegas García y Raúl Porras B., aconsejó la reforma inmediata de la Universidad por los estudiantes y mostró las ventajas que de la introducción de todas las conquistas de la Universidad moderna se habían obtenido en las casas es

En actuación pública ante el claustro de la Universidad sostuvo Palacios idénticas doctrinas, con la consiguiente alarma de los catedráticos posiblemente perjudicados.

Se necesitaba la unificación y el encauza-

miento de las viejas tendencias removidas en el alma universitaria por el verbo sugestivo de Palacios. Esa labor tocó al diario "La Razón." Formaba parte de su personal de redacción Humberto del Aguila, uno de los espíritus más gallardamente insumisos de la Universidad y a quien sobraban audacia e inteligencia para poder hacer la crítica de los métodos rancios y de las académicas nulidades de la Universidad. Al lado de Humberto del Aguila colaboraron eficazmente en la campaña inicial de "La Razón." Raúl Porras Barrenechea y Guillermo Luna Cartland. En esa campaña se hizo el análisis despiadado pero justo y sincero, de la enseñanza en cada uno de los cursos que se enseñan en las distintas Facultades.

El conflicto original

La campaña iniciada el 25 de junio en "La Razón" tuvo un éxito inmediato. A los dos días se suscitó un conflicto en la Facultad de Letras, en la clase dictada por el doctor Salazar, uno de los catedráticos vetados por "La Razón." Siguió a esta primera demostración reunión preliminar en casa de José León y una asamblea de alborotados estudiantes de Letras, de la cual surgió un memorial al decano pidiendo la separación de los catedráticos cuyas enseñanzas no satisfacían una respetuosa súplica a estos mismos para que se retirasen y un comité encargado de gestionar y llevar a cabo estos acuerdos. Promotores de aquel vocerío inicial de la Facultad de Letras fueron los estudiantes José León Bueno, Ricardo Vegas García, Manuel Seoane, Jorge Basadre, Luis A. Sánchez y Tomás Manrique. En comité de Letras fué presidido por Jorge Guillermo Leguía, prestigioso alumno del último año de la Facultad. Prestó generoso y decidido apoyo al comité de Letras el doctor Carlos Wiese, quien llegó a solicitar la destitución del doctor Pérez, por su notoria incompetencia.

La simpatía y el entusiasmo que despertó la actitud de los alumnos de Letras determinaron el movimiento general.

Propagación del movimiento

La autorizada voz de Carlos Enrique Paz Soldán aplaudió desde el diario "La Crónica" la actitud de los estudiantes, en un vibrante artículo "La revolución universitaria," que dió nombre y fuerza al movimiento. (29 de junio).

La segunda en adherirse y formular sus tachas fué la Facultad de Ciencias. Actuaron ahí activamente Abel Rodríguez Larrain, Rodrigo Franco, Jorge Seoane, Víctor Eguiguren y otros.

A su vez los alumnos de Ciencias Políticas tacharon por medio de un acta al catedrático interino de Derecho Constitucional, quien dando el único ejemplo de desprendimiento y de dignidad en todo el conflicto universitario, resignó inmediatamente a la cátedra. A solicitud de los alumnos volvió a regentarla en medio de una ovación estruendosa, el doctor Manuel Vicente Villarán, uno de los más prestigiosos maestros de San Marcos. Este fué el primer triunfo de la causa estudiantil.

El 30 de junio, la Federación de Estudiantes presidida por Felipe Chueca, asumió la dirección del movimiento, cuya intensidad comenzaba a comprender y declaró su simpatía por la actitud de los alumnos de Letras, a propuesta de V. Haya de la Torre.

La Facultad de Jurisprudencia se reunió en asamblea general el 3 de julio. En asambleas parciales los alumnos habían tomado ya acuerdos individuales. La asamblea fué presidida por Guillermo Luna Carland y en ella se plantearon las bases generales del movimiento. A la separación de catedráticos que había determinado la rebeldía de los de Letras agregaron los alumnos de Jurisprudencia los pedidos que ampliaron el radio de acción del movimiento y le dieron una significación más alta: participación en los Consejos universitarios, supresión de listas, cátedra libre, concurso para todas las cátedras, supresión de las adjuntías. Particularmente solicitaron la renuncia de dos catedráticos retrasados, la derogación de la ley Borda, la supresión de la cátedra de Derecho Eclesiástico y otras reformas. El movimiento inicial en esta Facultad fué obra de Guillermo Luna, Humberto del Aguila, R. Porras y V. R Haya de la Torre. Nombrado un comité ejecutivo de las reformas fueron elegidos para constituírlo los estudiantes Carlos Ramos Méndez, Elías Losada Benavente, José Manuel Calle, Raúl Porras, Manuel G. Abastos, David Pareja, Ricardo Jerí, Ricardo de la Puente Ganoza, Luis Pinzás y J. Acevedo. Este comité presentó un brillante memorial al decano, cuya redacción se debió a Manuel G. Abastos, estudiante muy distinguido, quien tuvo después actuación muy notoria en el Comité General de la Reforma.

El decano de Jurisprudencia, doctor Manuel Vicente Villarán, adoptó desde el primer momento una franca actitud de simpatía y comprensión para el movimiento estudiantil, accediendo inmediatamente a los pedidos cuya resolución dependía de la Facul-

tad y reconociendo su legitimidad y justicia. Las listas fueron suprimidas, consiguiéndose así el segundo triunfo de la reforma.

de largos debates se aprobaron catorce puntos, que fueron la síntesis de los anhelos que determinaban la revuelta estudiantil.

que ante el giro que tomaba el movimiento se dió cuenta de su generalidad y trascendencia, decidió interceptar la respuesta del Rector y discutirla, a fin de atraer sobre él la atención que el espíritu estudiantil tenía puesta en el Comité de la Reforma y apoderarse de la dirección del movimiento a cuya gestación había sido extraño. De esa actitud protestó el Presidente del Comité, señor Calle, y debido a la energía con que lo hizo, la Federación se vió obligada a enviar la respuesta a quienes habían elaborado el memorial que la motivaba. Surgió desde entonces una continua y desapacible competencia entre los dos comités, caracterizada por la impaciente absorbencia de la Federación y la constante protesta del Comité de la Reforma. Divergían también las dos entidades en espíritu y en tendencias. La Federación, ajena en su mayor parte al entusiasmo inicial de la reforma, quería ecuanimidad y moderación. El Comité anhelaba la satisfacción total y no exenta de violencia, de los pedidos que había consignado en su memorial. Produjéronse incidentes lamentables entre los miembros de un comité y los del otro, optando, por último, los del Comité de la Reforma por renunciar, para evitar la división y el fracaso consiguiente de la causa estudiantil.

Antes de renunciar al comité, bajo la activa dirección de su presidente, señor Calle, consumó su obra de propaganda y de justificación de la huelga estudiantil. Por iniciativa del comité de Letras, primero, del comité de la Reforma, después, se sustentaron en la casa de los estudiantes brillantes conferencias destinadas a mantener la cohesión y el entusiasmo estudiantiles y refutar a quienes combatían la reforma. Sostuvieron conferencias Guillermo Luna Cartland, Cristóbal de Losada, Edgardo Rabagliati, Humberto del Aguila y Víctor Raúl Haya de la Torre. Obra del comité fueron también el mitin y asambleas que representaron el momento de mayor excitación juvenil.

Retirado el comité, languideció el entusiasmo. El Rector se mantuvo en su primitiva respuesta y la Federación perpleja ante el conflicto pendiente e irresoluto, no supo qué hacer. Su actitud durante casi un mes, en el que la huelga seguía expectante e inerte, se redujo a visitar al Presidente de la República, quien declaraba su decisión de intervenir en el conflicto cuando los estudiantes lo solicitasen, y al Rector de la Universidad, contradictorio y vacilante.

En este estado se produjo el ataque a los diarios del 10 de septiembre. La mayoría de los delegados, con el presidente a la cabeza, renunció sus cargos, en señal de protesta por el atentado. Quedó en la Federación un reducido grupo de delegados, que consiguió en pocos días la expedición de un decreto gubernativo que declaró la cátedra libre, ordenó la supresión de las listas, concedió participación en los Consejos, y sancionó otras pequeñas reformas, dejando para la promulgación de la ley, las restantes.

Con el establecimiento de la cátedra libre quedaba satisfecha la exigencia cardinal del movimiento: la separación de los catedráticos tachados. Quedaban sancionadas además sus principales reclamaciones; asistencia libre, participación en los consejos, supresión de premios, etc.

Los estudiantes de Ingeniería y Agricultura volvieron a clases a fines de septiembre. Los de Jurisprudencia, Ciencias Políticas, Letras, Ciencias Naturales y Matemáticas, después del decreto gubernativo, acordaron en una ruidosa asamblea volver a clases y seguir en la demanda de las reformas pendientes.

Los alumnos de Medicina, dirigidos entusiásticamente por su delegado al Comité de la Reforma, señor Gozmán Barrón, decidieron continuar en huelga hasta que fueran definitivamente separados de su cátedra los siete catedráticos por ellos tachados.

La nueva Federación y la solución del conflicto

Reorganizada en tanto la nueva Federación con más decididos elementos, asumió la Presidencia el estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre, delegado por Letras. Por su influencia inteligente y conciliadora, volvió a reunirse la juventud de las diversas aulas en la Federación de Estudiantes. A la tenaz y radical exigencia de los alumnos de Medicina respondió la Asamblea Nacional con una ley absurda de vacancia de las cátedras y de provisión de éstas por elección de los alumnos. Modificada esta ley, por el agravio que ella significaba para el claustro universitario, se aprobaron las leyes 1002 y 1004, que autorizaron al Ejecutivo para declarar vacantes las cátedras que designase la Federación de Estudiantes, suprimieron las adjuntías, determinaron la representación de los alumnos en los Consejos, prorrogaron el año universitario hasta el 28 de febrero y declararon, erróneamente, agravando el conflicto, la incompatibilidad para regentar las cátedras.

En la redacción de estas leyes influyó, a más de la actitud de los alumnos de Medicina, la gestión perseverante de Haya de la

Torre. A esa misma perseverancia se debió el decreto del Ejecutivo de 15 de noviembre que declaró vacantes 16 cátedras, a saber: las de Botánica primer curso, y Zoología, de la Facultad de Ciencias; de Literatura Castellana, Civilización Moderna, y Literatura Moderna, de Letras; Derecho Comercial y Derecho Procesal, primer curso, de Jurisprudencia; Derecho Internacional Privado y Derecho Marítimo, de Ciencias Políticas; Anatomía Descriptiva, Física, Médica, Clínica Quirúrgica de Mujeres, Filosofía, Clínica Médica de Mujeres, Clínica Quirúrgica de Hombres, Pedriatría y su clínica y Bacteriología.

El cuerpo docente de Medicina, intolerante más que ninguno, sintió resentido su orgullo por esta resolución y renunció. El Consejo Universitario, integrado con los dos primeros delegados de la juventud, doctores Carlos Enrique Paz Soldán y José Antonio Encinas, resolvió el conflicto que duró algunas semanas, concediendo a la Facultad el derecho de elegir los cuatro catedráticos que reclamaba. El 4 de octubre, los alumnos de la Facultad de Medicina, conseguían, tras porfiada y animosa campaña, una ley de la Asamblea Nacional, reclamando la vacancia de las cátedras tachadas, con la cual determinó el conflicto que resolvió la normalidad de los cursos.

La vida literaria

(De la revista "España".)

Academia, tienes nombre de mujer

De mujer, el nombre; de mujer caprichosa los hechos. La mujer caprichosa, no se sabe nunca por donde saldrá. Lo mismo puede antojársele la joya más espléndida, la luna o el diamante de Tiffany, que la más insulsa baratija.

Las Academias, sin embargo, tienen una debilidad muy marcada por las baratijas. Echad una mirada por todas ellas y veréis que no es oro todo lo que allí reluce. Sin ir más lejos....

Sin ir más lejos, ahí está la Española, como escapándose del Casón y de San Jerónimo, a punto de tirarse cuesta abajo para agarrarse bien al museo. Pero no hay que apurarse ¡por vida de Picón! Si su propio peso no la detiene, fácil es aumentarlo.

No sabemos cuanto pesará el señor Gutiérrez Gamero, que ha ingresado el domingo en la Corporación. Sólo nos consta que sus libros no son livianos. Esto ya es mérito, por lo menos en un sentido de la palabra, en el sentido que más bien le haría digno de uno de los premios a la virtud que de un sillón en el docto senado.

Cuando se hable del señor Gutiérrez Gamero, ya sabrá la gente quien es: un académico. De otros académicos, nunca hace falta decir que lo son. Benavente (electo, nada más) es un autor dramático; Rodríguez Marín es un erudito; Maura es un político; el Conde de la Mortera es el hijo de Maura. Todos estos llevan a la Academia su renombre o su influencia. ¿Qué lleva el señor Gutiérrez Gamero? Su presencia en la corporación sólo se explica por uno de esos caprichos de la Academia, mujer al fin.

Yendo un poco más lejos... También la Academia francesa ha llamado recientemente a su seno a varias personalidades. El 27 de mayo fué recibido por Henri de Régnier, poeta exquisito, novelista moderno en cuyos relatos se enlazan una madurez de psicólogo y una elegante sensualidad, otro novelista, el predilecto de la clase media, el que nunca falta a las conveniencias: Henry Bordeaux. De Henri de Régnier a Henry Bordeaux va más distancia que de la i a la y. Los dos hablaron de Lemaitre, cuyo sillón ocupa el nuevo académico. Una bonita frase de Régnier en su discurso: "Brunetiere tiene una doctrina; Faguet, opiniones; Jules Lemaitre, gustos." Una graciosa anécdota, contada asimismo por Régnier: Henry Bordeaux había enviado a Brunetiére el manuscrito de una novela suya para la "Revue des Deux Mondes." Brunetiére le llamó a su despacho, le acogió a su manera "con una sabrosa mezcla de cortesía y autoridad," le dijo que la novela estaba aceptada, y en seguida empezó a señalarle los defectos de modo tan vivo, que, dice Régnier "ya empezábais a preguntaros cómo la hubiera tratado si se negara a admitirla." ¿Había Bordeaux oído bien? De pronto, Brunetiére se puso a elogiar el libro y a rebatir sus propios argumentos de antes, con calor, como para reducir al silencio a un contradictor imaginario.

Bordeaux y Régnier, hablando de Lemaitre. puro hombre de letras, vuelto solamente a la política en edad muy madura, hicieron el elogio de la profesión literaria, no siempre único título entre los que conducen a la Academia. (Ya se sabe el epígrama: Hay hasta escritores).

Ultimamente, en una elección triple verificada el día 3 de junio, han sido llamados a ocupar sillones vacantes los señores Joseph Bédier, Robert de Flers y André Chevrillon. Su ingreso completa la Academia, que ahora tiene exactamente sus cuarenta individuos

de número. Bédier es un sabio investigador de las fuentes de la epopeya francesa, a quien se debe, además, una deliciosa reconstitución novelesca de la leyenda de Tristán e Isolda. Robert de Flers, casi siempre en colaboración con Caillavet, es autor de divertidas comedias. André Chevrillon, de la "Revue des Deux Mondes," ha escrito muy buenos libros acerca de la vida y de la literatura inglesas. Bédier era necesario en la Academia. ¿Lo era igualmente Robert de Flers y André Chevrillon? A nosotros, los extranjeros, esa designación nos sorprende; por mejor decir, nos sorprendería, si no supiéramos que las Academias en todas partes son lo mismo: tienen sus caprichos, más o menos explicables.

Hasta el último de la nuestra lo es. Nadie se asombra de que ingrese Gutiérrez Gamero, si es posible que le reciba Cortázar. Lo asombroso es que los dos hablen de la novela, que sepan siquiera que existe,

España, emporio de arte dramático

¿Quién lo dice? ¿Dónde está ese patriota? ¿Es, acaso, el señor Goicochea, el hombre que ve la vida a través de unas gafas mauristas de color de rosa? ¿Es, quizá, el padre Calpena? No tal; ni siquiera es un español: es el señor Gómez Carrillo. En "El Liberal" del 2 de junio, escribe:

"Y entonces el español piensa, ya no con envidia, sino con orgullo, en la pobreza de su tierra que le permite, por lo menos en asuntos de arte teatral, sentirse muy superior a Inglaterra, donde la riqueza, el lujo, el entusiasmo por lo colosal, el amor de lo que asombra, ha sacrificado la comedia y el drama, en aras de la revista...?

Esto es hablar en español, y casi diríamos en baturro, que es más que español todavía.

Pero ¡ay!... ¿por qué dice eso Gómez Carrillo? Lo dice porque en Londres, donde él estuvo hace unas semanas, las revistas son lo que priva, y no se puede ver una obra seria; todo es "feérico," bailable; la voz no sirve más que para la cancioncilla o el cuplé. Un español, al pronto, se divierte.

"Pero llega al fin un día—sigue diciendo Gómez Carrillo—en que, cansado de esplendores vacíos, ese español piensa en volver, como en su tierra, a los coliseos serios, para ver comedias de alma y no de trajes... Ese día cualquier inglés de buena fe le dice, con lealtad:

"—¡Ay! el arte dramático ha muerto entre nosotros... Nuestros autores no escriben, y si escriben no encuentran quién represente sus obras. El público prefiere las revistas y las operetas. Los empresarios tienen que dar gusto al público. De vez en cuando verá usted anunciado un drama original o traducido del francés. Eso dura algunas semanas. Luego, vuelta a las revistas con muchas mujeres, muchas músicas, muchos trajes...

"Y si les preguntáis:

"—Pero en fin, ¿no es posible ver en Londres una obra de Shakespeare?

"Si preguntáis eso en este mes de mayo de 1920, os contestará:

"—Sí... sí... Justamente, en el Coliseum, que es la catedral, o, mejor dicho, el Partenón de nuestros varietés, entre un concierto de la orquesta negra de Marion Cook y un "ballet" de dos rusos nuevos, puede usted ver un acto de "Julio César," puesto en escena con un lujo maravilloso... Apresúrese usted, pues no durará mucho... Ya hay anunciado un espectáculo chino para reemplazarlo pronto..."

¡Pobre Gómez Carrillo! Se le ve respirar por la herida. Ansioso de arte serio, no lo encuentra por ninguna parte. Y entonces piensa en Madrid y en sus comedias de alma y no de trajes."

¡Esos ingleses! Ni siquiera han descubierto a Muñoz Seca o al Linares de "Lady Godiva." Todo se les vuelve opereta, revista, cantable.

Gómez Carrillo parece aquí un personaje de Eca de Queiroz, aquel ministro de "Los Maias," empeñado en afirmar que los ingleses, pueblo práctico, no producen literatura; un ministro de Instrucción pública, naturalmente.

Pues bien: Nosotros, que carecemos de ese candor beatífico que debe caracterizar a los buenos lectores de Gómez Carrillo, sin pensar en que podría tener razón, porque estamos a fines de temporada, hemos cogido el "Times" del día 28 de Mayo, correspondiente, sobre poco más o menos, a la fecha en que Gómez Carrillo escribió su crónica y hemos visto que, en unos "veinte" teatros, se anunciaban obras dramáticas, verdaderos dramas y comedias. Entre esas obras había dos de Barrie, una de Galsworthy, una de Bernard Shaw y una de Shakespeare, no en fragmentos, sino íntegra: "As you like it (como gustéis)." Verdad que a esta, por el título, se la puede confundir con una opereta.

Afortunadamente, todavía se escriben en España dramas y comedias que merecen nombre de tales; pero si se echa la vista sobre una cartelera de Madrid, no ya a fines de temporada, sino en Noviembre o en Di-

ciembre, la impresión no puede ser más desconsoladora.

En cuestiones de teatro ¿a qué comparar? Y si se compara ¿por qué no mira uno antes los carteles del día?

Voltaire, rico y escritor

Sabido es que Voltaire no fué, en sus días, "el último bohemio." (Ya después de la guerra, no los hay; a Carrere le llaman ahora "el último checo-eslovaco.") Pero no ganó todo su dinero con la literatura, ni mucho menos. Fué contratista para el ejército, profesión lucrativa siempre. Fué prestamista e hizo negocios con príncipes reinantes, los cuales le aseguraron rentas vitalicias, sin contar con la longevidad del poeta, que los arruinaba. Gozó, además, pensiones, mercedes, prebendas. En vida se le calculaba una renta de más de cien mil libras. Al morir, disfrutaba de unas doscientas mil, de las cuales dejó la mitad, más seiscientas mil en cartera, a Madame Denis, sobrina suya. Supo administrarse y medrar. ¡Y todavía tuvo tiempo para escribir algunos millares de páginas, llenas de ingenio, de pensamiento y de estilo!

Hasta Mauricio Rostand

Manzoni, en su oda a la muerte de Napoleón, apostrofa a la fe, avezada a los triunfos y señalándole al César sumiso le dice que inscriba un triunfo más:

Bella, inmortal, benéfica,
Fede ai trionfi avezza
Scrivi ancor questo...

El socialismo, entre los nombres de sus nuevos adeptos, puede inscribir desde ahora uno muy resonante: el de Mauricio Rostand, el hijo del autor de "Cyrano."

Mauricio Rostand con tener pocos años ha servido de pasto a los gacetilleros casi tanto como su difunto padre. Su literatura sin ventilación, amanerada, de cromo, no hacía sospechar una evolución en otro sentido; su aspecto exterior "sus largos cabellos rizados con exceso, su rostro harto imberbe, su porte rebuscado en demasía, no dan—dice J. M. Reinatour en "Le Journal du Peuple"—el aspecto a que nos tienen acostumbrados los demagogos del tiempo presente." A estas singularidades no pretende renunciar el joven poeta a quien, por el título de un libro suyo, se ha solido llamar "el paje de la vida." En cambio, un libro que publicará dentro de poco, "El féretro de cristal," significa una total abjuración literaria. El artículo de Renaitour lo anuncia como "novela subversiva." En efecto, el protagonista, abomina en ella de esa sociedad mal llamada intelectual que fué hasta hace poco la suya; clama contra la guerra, afirmando que vale más desertar por un ideal que servir de pasto al nuevo Ugolino, devorador de hijos suyos, que es la patria; rechaza las lecciones paternas, y dice, al padre venerado y amado a pesar de todo: Hubieras debido poner tu genio al servicio de una causa más generosa de una paz fecunda.

Tanto Mauricio Rostand como su hermano Juan, el naturalista discípulo de Fabre, han dado al socialismo más palabras. Juan ha prestado recientemente a la Confederación General del trabajo ayuda material muy considerable. Mauricio no se recata de lanzar a las gentes que frecuenta razones para ellas inauditas.

"Comprendo hasta cierto punto—decía en un salón reaccionario—que los burgueses defiendan el capital de que gozan, pero que no busquen contra el advenimiento inevitable del comunismo argumentos de orden filosófico o moral. Es humano que sean egoístas, pero que pretendan que su egoísmo no es sino un altruismo mucho más comprensivo de las necesidades de sus asalariados, qué llamen utopías a las teorías que atacan a sus privilegios, es una cosa grotesca!"

Sobre poco más o menos, lo que Goicoechea les dice a los señoritos mauristas de la U. C.

Los últimos días de Rodó

JULIAN NOGUERA

[De "El Mercurio", Santiago de Chile]

Por lo que he podido leer, tres puntos de mi correspondencia ha acicateado en singular modo la censura. El primero que encierra el siguiente párrafo: "La figura de Rodó es grande, no sólo dentro de nuestras fronteras," sino en toda la América latina y en España. Durante mi viaje por las Repúblicas del Pacífico, por Bolivia y por el Brasil, he podido evidenciar que en todos los círculos literarios se tiene a Rodó como símbolo de las letras latino-americanas. Acabo de estar en España y allí sucede lo propio. 'El país latino americano que menos admiración profesa al autor de "Motivos de Proteo," es el Uruguay," y lo comprendo porque Rodó cometió el error de mezclar su personalidad a la política activa, sin pensar que la pasión le restaría "algunos" admiradores contemporáneos y que la

actividad política no agregaría "nada" a su verdadera obra y a su gloria."

He subrayado de propósito en las frases anteriores mis palabras: "la figura de Rodó es grande no sólo dentro de nuestras fronteras," y más adelante las otras: "el país latino-americano que menos admiración profesa al autor de "Motivos de Proteo" es el

doctor Buero en la Universidad sobre "Motivos de Proteo" y, como Rodó dudara de que su interlocutor hubiese leído el libro de cabo a rabo, el doctor Buero se hizo preguntar sobre diferentes pasajes de la obra. Convencido Rodó de que la lectura había sido integral, expresó su sorpresa con estas elocuentes palabras: "Estoy seguro de que

una de las excepciones, como más de cuatro tenemos en nuestra historia, la cual desde Juan Carlos Gómez a Julio Herrera y Obes o a Eduardo Acevedo Díaz, entre otros muchos, así nos lo demuestra: pero Rodó no tenía las cualidades necesarias al político como para justificar con los resultados obtenidos el tiempo empleado.

Rodó tenía cualidades de pensador y de estilista. No voy a entrar a averiguar o no la verdad, porque cada uno tenemos la nuestra y todas son discutibles, ni he de meterme a buscar ahora si su estilo era siempre impecable, que Flaubert, con ser quien fué, también encuentra en Francia gramáticos que hacen por dejarlo mal parado. Baste saber que razonadores más tranquilos estilistas tan puros como Rodó no los hay en nuestra tierra. Pero lo que Rodó no poseía, repito, eran las condiciones del político activo, porque esa política requiere o una gran brillantez para encandilar a las masas, o un gran vigor innovador para sacudirlas, o una gran violencia para sojuzgarlas o sojuzgándolas se las puede encauzar por los caminos del bien o del mal indistintamente, para realizar la deseada obra colectiva, que casi todos los medios pueden ser buenos o malos, según sea la intención con que se los utiliza. —Rodó no tenía ninguna de esas condiciones y únicamente podría atribuírsele el sentido de la innovación, pero en una lenta elaboración de gabinete y a tal punto gradual que para las lides inmediatas de la política habría sido, y fue, aquel sentido no sólo inútil e improductivo, sino perjudicial a su obra personal, pues le quitó tiempo y le perturbó pensamientos con las absorciones del periodismo y con las amarguras que siempre trae aparejadas la lucha política para quienes a ella se dan honestamente, sin dobleces ni afanes lucrativos.

Voy a insistir todavía en un detalle de esta misma cuestión. Me refiero a la afirmación que se me ha atribuído de que la intervención de Rodó en la política "ha rebajado su personalidad a los ojos de los contemporáneos. Mis palabras dijeron, en cambio, que la "pasión" le restaría "algunos" admiradores contemporáneos. No hace falta mucha penetración ni gran dósis de buena fe para advertir la diferencia fundamental entre ambas manifestaciones. No es lo mismo afirmar, como alguien lo hace, que la "política" ha rebajado la personalidad de Rodó a los ojos "de los contemporáneos," que establecer que la "política activa le pudo restar por pasión algunos admiradores contemporáneos," como yo he dicho.

Otro punto hay en mi malhadada correspondencia que ha tenido la virtud de provocar, con cierta altisonancia, equivocadas interpretaciones. Me refiero al hallazgo, entre los papeles que deó Rodó de un certificado médico en que se le declaraba impotente. A este dato esencial se le quiere restar toda importancia y poco falta para que se me acuse de dueña chismosa, cuando repito esa intimidad de nuestro gran escritor, sin pensarse que grandes hombres de la Academia Francesa, por ejemplo, han empleado con tesón su tiempo en averiguar, si la esposa del filósofo Zutano fué la amante del poeta Mengano, a fin de penetrar mejor en las obras de ambos. Por mi parte, sigo prestando a ese que toman por pueril detalle, una fundamental importancia psicológica.

Yo no he querido hacer más que enunciar ese lemento de juicio y dejar a quienes más saben que yo la tarea de aplicarlo en la lectura a fondo de los espirituales escritos de Rodó. En estas cuestiones no se debe tener miedo a las palabras, sino a los prejuicios que las ocultan, ocultando al mismo tiempo la verdad y las ideas. Rodó guardaba un certificado médico en que se le declaraba impotente. La impotencia accidental tiene que afectar por fuerza a un ser normal en lo más hondo de su espíritu, tiene que transformar una vida, que se siente interrumpida en una de sus funciones capitales. Si esa impotencia fuera condición fisiológica estable, tiene que influír por cierto en el concepto de la vida toda, y aun cuando el cerebro correspondiente poseyera un inmenso poder, nunca podría desbordarse a tal punto como para eludir la influencia de un estado fisiológico que no deja determinar la diferencia entre lo que la sensación es y lo que la sensación dicen que es. Este es un punto tan en conexión con la esencia de la vida, que sólo un casto, (quizás en muchos casos un imbécil en potencia) un atrofiado o un imbécil pueden desconocerlo. Convencido estoy de que mis Aristarcos no están en ninguna de estas tres categorías y de que los ha llevado a censurarme una consideración singular de equivocado o de falso pudor, basado sin duda en un sentimiento de respeto o de amistad. Ya he dicho que, de modo especial en estas cuestiones de investigación o precisión de datos, no deben temerse las palabras ni andar de un lado para otro con absurdas hojas de parra, y en cuanto a los amigos personales o íntimos de Rodó, ya les pedí también en mi correspondencia desde Londres que me perdonaran, si mi deseo de contribuír a la protección en vida de los artistas

(revelando el lamentable ejemplo de los tristísimos días de Rodó en Palermo) y si mi intención de allegar elementos desconocidos del público para la mejor comprensión del carácter del gran escritor y de sus obras, me obligaban en determinado pasaje de mi narración a ser crudo y a no usar de mentirosos eufemismos. Por otro lado, no debe olvidarse, sin embargo, que Rodó no es de su familia ni de sus amigos íntimos; es de la patria, en su humana acepción es de la humanidad, que por alguna cosa han hecho descansar sus réstos donde están.

Puede ser muy bien que en todo esto haya andado yo equivocado. Puede ser que haya tenido yo un punto de vista en un todo errado al pretender haber encontrado material utilizable para el estudio de nuestra hasta hoy más celebrada figura literaria y por ende para la interpretación fácil y más acabada de sus orientaciones doctrinarias y de sus concepciones éticas, todo lo cual sería contribuír con un poquitín a la historia de nuestra literatura. Puede ser, repito, que haya visto yo Alifanfarrones y Amadises donde sólo pudieran hallarse carneros y molinos de viento. Pero de todos modos, lo que no podrá negárseme, es la buena voluntad con que traté de aderezar mis huérfanos conceptos en el sentido exclusivamente informativo, sin haber recibido en ningún momento la sabihonda mofa de unos, o la violentada interpretación de otros. Sé que los primeros tienen poco que hacer, y a veces la pereza del ingenio les obliga a echar mano del primer asunto que pasa para dar rienda suelta a una necesidad orgánica, no siempre con elegancia expresada. Y sé también de memoria desde mucho tiempo, vuelvo a decirlo, cuán difundida está en el ambiente polemizante nuestro la desfiguración de los ajenos pensamientos y la atribución de ideas jamás enunciadas, pues por cientos de veces he sufrido las consecuencias de esa costumbre en mi carácter de corresponsal de "La Nación," habiéndome aportado, sin distinción alguna y con una maravillosa unanimidad digna de causa mejor, todos los partidos o fracciones de partido, prueba de ello, lo cual me demuestra que el mal de enrevesar las manifestaciones de los contrincantes por simple ligereza o para la comodidad de la réplica tan generalizado está entre nosotros, que bien podemos tenerlo por hábito del país, perfecta y definitivamente incorporado a la formación del carácter nacional. Y, a fuerza de usar el expediente, ya muchos no advierten la deshonestidad intelectual que puede encarnar, acusándose a menudo y mutuamente de un vicio común.

¡Si al menos la amoralidad del hábito afinara la agudeza del ingenio!

Después de escrito lo que antecede, sin quitarle ni ponerle coma, llegué a Río de Janeiro, donde me enteré por varios números de "La Noche" de que personas a quienes, por mi opinión sobre ellas, no tengo el derecho de creer mal intencionadas, también se ensañaban en mi correspondencia, atribuyéndome sentimientos e ideas que jamás compartí.

Ante este espectáculo para mí inesperado y que borraba en mi horizonte todas las bellezas soberanas de la capital carioca, envolviéndolas en un espeso velo de decepciones, sólo se me ocurrió enviar a usted, estimado director, el telegrama que tuvo la gentileza de publicar y que, para mejor hilación, aquí reproduzco:

"Río de Janeiro, abril 8.—Al director de "El Día,"—Ruégole publicar, que al dejar Nueva York leí algunos comentarios sin firma relativos a mi correspondencia sobre Rodó. A bordo los contesté; pero hoy leo aquí artículos firmados por personas que inspíranme simpatía y respeto intelectual, y quedé dolorosamente estupefacto ante la unanimidad como interpretóse al revés casi todas mis manifestaciones y mi pensamiento fundamental. O todos fueron víctimas de singular espejismo de origen sentimental o yo me expliqué muy mal. Prometo poner las cosas en su lugar, pues jamás ocurrióseme manosear a Rodó, ni rebajar su figura moral.

Agradecido, salúdale,—Julián Nogueira."

Este telegrama, según me informan, hizo decir a algunas personas que por ahí pululan, que era producto de un tardío arrepentimiento mío y venía a preparar mis palinodias. Si leyeran esos señores estas aclaraciones, ya no opinarían lo mismo. Y ya que introduje este paréntesis, lo ampliaré un poco para expresar que, a tal punto se tiene por ahí una idea antojadiza y cómoda de mis procederes periodísticos, que ya en la primera semana de mi regreso a Montevideo, se publicó una injusta censura en un diario, atribuyendo imaginarias faltas y cuasi delitos a los corresponsales de "La Nación." de seguro porque se creyó que ya había yo reasumido mi puesto de corresponsal. Esta suposición mía no es muy aventu-

rada, pues durante mi ausencia no hubo una sola de esas censuras, y en el diario aludido se llegó a expresar verbalmente (según me dijo mi amigo Rodolfo Piria), que los comentarios aparecidos en Washington sobre la reciente conferencia del doctor Brum en la Universidad eran obra mía. Después de esto, creo, que tengo el derecho de ser suspicaz y el de no hacer caso, cuando se habla de los puestos gubernativos con que se paga la adhesión de los corresponsales. Pueden estar tranquilos esos censores, pues no tengo ninguna vocación para depender del capricho político y ya trataré de evitar que el sueldo del Estado con cualquier etiqueta me dé de comer, como puede ayudar a dar de comer a muchos que de mi situación se ocupan.

Reanudo mi exposición:

Más o menos al mismo tiempo había leído yo en Río Janeiro las respuestas de la doctora Luisa Luisi y del señor Michelangelo Ferrero a la encuesta de "La Noche", y a los dos hice respectivamente los telegramas siguientes:

"La doctora Luisa Luisi, Facultad de Derecho.—Montevideo, abril 7.—Después de haber recibido azotes de la malignidad o incomprensión ambientes su tácita defensa del 3 de marzo, que acabo de leer, me produce mucho bien, porque advierto la existencia de cerebros serenos capaces de eludir en nuestro medio los efectos morbosos de la política criolla y de sobreponer, cuando es menester, el pensamiento al corazón.—Respetuosos saludos, Julián Nogueira."

"Al señor Michelangelo Ferrero.—Miguel Barreiro 111, Montevideo,—Acabo de leer su carta del 24 de febrero. Agradezco su leal defensa que no desmerece de valor porque usted me conozca, pues otros que también me conocen, lejos de defenderme, me atacan. Usted comprendió perfectamente mis intenciones, exceptuando la frase del deber profesional, escrita exclusivamente para demostrar que Buero se interesaba tanto o más que yo.—Entre hombres honestos las defensas no se agradecen; pero, cuando otros más obligados callan o atacan, es menester expresar las diferencias.—afectos.—Julián Nogueira."

Cumplidos estos que creí deberes primordiales y, a pesar de las ocupaciones que en Río Janeiro embargaban mi tiempo, me puse a la tarea de agregar las siguientes consideraciones a los errores y censuras que alrededor de mi primera correspondencia habían nacido.

Puede muy bien haber contribuído a una equivocada percepción y a los ataques que entre líneas se me han dirigido, el cuestionario de la encuesta realizada por "La Noche," cuyas preguntas encierran ya en su forma, ideas que nada tienen que ver con mis afirmaciones. Pero no puede bastar esa defectuosa manera de interrogar para que inteligencias cultivadas aprecien tan de ligero mis informaciones, haciendo ello sospechar que han opinado sin conocimiento directo de ellas. Entre los articulistas hay lectores asiduos de "La Mañana," que habrán visto publicada en ese diario una fotografía en que yo "por única vez en mi vida" coloco flores sobre una tumba. Y esa tumba es la tumba de Rodó. ¿Cómo pueden haber supuesto esos señores malevolencia en mis palabras? Todo lo más que les hubiera admitido hubiera sido creer que mis pensamientos resultaban expresados de manera oscura, y singularmente habría exigido eso a algunos que me saben del todo incapaz de rendir un homenaje a quien habría de execrar pocos minutos después, buscando exprofeso detalles desagradables para poder a mis anchas realizar el desleal propósito.—La sola enunciación de un hecho semejante me produce repugnancia y sólo una lamentable precipitación puede explicar tanta injusticia, a menos que en algún caso ese pesimismo malicioso de que tanto nos vestimos, no haya podido comprender sino en su peor sentido alguna frase mía de aspecto anfibológico. Esto no me llamaría la atención, porque pocos hombres hay capaces de atribuír la mejor de dos intenciones al acto dudoso de un semejante.

Y me creo asistido del derecho de no juzgar con mucha benevolencia la tendencia o la comprensión de muchos de mis contendores, si recuerdo que hubo lectores capaces de comprenderme: me refiero, por lo menos, à la señorita doctora Luisa Luisi y al señor Michelangelo Ferrero. Si ellos penetraron en mis palabras, como se deduce en sus contestaciones a la encuesta de "La Noche," quiere decir que, "habiendo leído mi correspondencia," supieron sustraerse a la influencia de un cuestionario que poca relación tenía con la esencia de mi narración y que no era ésta tan abstrusa en su fondo ni tan mal pergeñada en su forma, como para determinar la lluvia de azotes que sobre mi pobre humanidad cayó.

En ese punto deseo poner de relieve la singular coincidencia de que las dos exteriorizaciones por mí leídas que no dedican sus

esfuerzos a apalearme, pertenecen a dos personas que nunca han aspirado a ser "presidentes de la cuarta," haciéndome ello sospechar que en más de un caso, no digo en todos, pudo influír la politiquería, que no el respetable sentimiento del cariño u otra causa superior, en la apreciación de mis informaciones. Aquellas dos excepciones me han producido una gran alegría, porque tácitamente me apoya el espíritu fino y cultivado de una mujer que está por encima de las pasiones bravías, predominantes hasta en nuestros personajes políticos que más serenos y elegantes pretenden ser, y porque un hombre que quiso y frecuentó mucho a Rodó, "mientras vivía", no tiene miedo de reconocer, contra la mala voluntad de muchos, la sinceridad e impersonalidad elevada de mi orientación informativa. El tácito auxilio de la doctora Luisi y la expresa defensa del señor Ferrero, con quien muchas veces hablé sobre Rodó en pláticas paseanderas y que me conoce hace tantos años y tan bién como otros que me atacan o se alegran de verme atacado, compensan los malos tratos de algunos irreflexivos y me resarcen de la insidia que pudo echar a rodar algún "buen amigo."

Vuelvo a expresar con toda claridad que estas calificaciones son para quienes les caiga el sayo, porque se me alcanza que también yo puedo equivocarme en mi percepción.

Seguro estoy ahora en mi calma de que casi todos los que han echado sobre el paciente papel la impaciencia de su negra tinta para juzgarme mal y de prisa, fueron más víctimas de las conversaciones anónimas, irresponsables y chismosas de la calle y del café, que serenos analizadores—desde que ni siquiera las habrán leído—de mis combatidas manifestaciones. Hasta que leí al señor Ferrero temí vivir en una alucinación parcial de mi espíritu al considerar las apreciaciones que de mis ideas sobre Rodó se hacían. Hoy dos seres alejados de la pasión política me confortan y me explican el fenómeno; mi primera correspondencia fué publicada en un diario en que más de una vez se atacó política, filósofica y artísticamente a Rodó. Hace años que me ligan lazos muy estrechos de admiración "ininterrumpida" al propietario de ese diario que es el portavoz de su espíritu y de sus ideas. En ese diario expuse yo muchas veces mis sentires siempre leales y mis opiniones no siempre suaves y quizás con frecuencia equivocadas. En esta bendita tierra uruguaya una de las cosas mas fáciles es atribuír a todo el mundo sometimiento incondicional a algo o a alguien. La consecuencia de estas premisas en mi caso particular fué de seguro para muchos que yo había escrito una correspondencia inconoclasta para halagar a un hombre, a quien le atribuyen juicios absolutamente negativos sobre Rodó, y no se pensó: primero, que mal podía adivinar yo en noviembre y en Londres lo que a fines de enero habría de discutirse aquí en su diario; segundo, que más de una vez fueron muy poco cordiales mis relaciones de opinión con él, y, tercero, que un día, para no citar más que un caso, fué tal la incompatibilidad que el administrador me echó, así como suena, me echó del diario en que escribo, por orden superior. Jamás sometí mis convicciones a las de nadie y nunca traté de someter las de los otros a las mías. Esto lo saben muy campanulos personajes y todos los que me conocen. Tampoco en este asunto de Rodó se me ocurrió preguntar a nadie lo que debía hacer, e hice lo que pensé, e hice lo que sentí.

Si debiera recomenzar, lo haría sin titubeos; tan convencido estoy de haber hecho bien, dentro de la admiración y del cariño que profeso desde mi infancia a la figura de Rodó. A tal punto puse mi conciencia en las investigaciones de Palermo para mi narración (investigaciones en que para nada intervino, como supuso don Antonio Bachini, el discretísimo cónsul, don Enrique Rovira) que no envié a ésta a diario alguno, sino que la remití a mi amigo de más confianza con el pedido de ofrecerla sucesivamente a tres diarios bajo la condición "sine qua non" de que no se modificara una sola palabra, pues ya suponía yo que lo del abandono personal provocaría protestas en quienes creyeron alguna vez descuidado a Rodó y, dominados por esa creencia, no podrían comprender ahora que yo con ciertos datos sólo buscara la prueba de una anormalidad extraordinaria para precisar la existencia de una gran desesperanza.

No deseo terminar sin excluír de mis apreciaciones precedentes a los pocos que en vida amaron a José Enrique Rodó con el cariño de la intimidad. A ellos no pueden tocar mis reflexiones, que las mayores desviaciones del criterio están plenamente justificadas, cuando el verdadero sentimiento es grande a oscurecer los fulgores de la Razón.

Y basta ya, aunque tema me sobre y pudiera seguir demostrando que esa razón a otros les falta.

El descubrimiento de un nuevo genio dramático en los "music halls" de París y Londres

El milagro de Raquel

(Del magazine americano "Current Opinion"

Desde la sensacional aparición de Yvette Guilbert en el horizonte de los "music halls" europeos, no había vuelto a aparecer otra artista tan grande como la cantante española Raquel Meller. El pasado invierno fue cuando esta joven trabajó en el teatro Olympia de París durante una semana. Pronto se esparció la noticia de su asombroso arte. —Id al Olimpia—se decían los parisienses—y allí encontraréis a una española que tiene facultades extraordinarias. Ella se fué y regresó después, pero no sin antes contraer matrimonio con el novelista español Gómez Carrillo. Ante un decorado escénico preparado por el artista Leonardo Sarluys, Raquel Meller renovó su triunfo en la capital francesa. La compararon con la Duse. Los críticos más exigentes se han declarado ufanos de haber descubierto a este nuevo genio dramático mientras había una breve temporada en un "music hall." Luego se la contrató para una "revista" en Londres y los críticos ingleses se mostraron aun más entusiasmados. ¿Cuál es el secreto de las facultades de Raquel Meller que la hacen proclamar como un genio único? M. Noziere nos da en "Le Theatre" quizás la mejor explicación. He aquí lo que dice:

"Vestida de negro, prendida la mantilla con una peineta, Raquel Meller es ante todo una maja que bien pudo haber sido soñada por Goya. Su aspecto nos habla de su encuentro con el galante torero, de la muerte de éste en la corrida con una triste sonrisa de amor en medio de su agonía. Luego la vemos transformarse en una muchacha del pueblo, abandonada por su seductor, triste y llorosa como Margarita...

"Luego pasa a ser la compañera de un reo llevado a la horca; el reo la llama; ella se siente atraída por su voz, pero de pronto las alegrías de la vida la detienen y vuelve la espalda a la patética imploración. Unas cuantas palabras de explicación dan al público francés el significado de estas canciones, pero es fácil descubrir en el rostro de la artista el sentido de estas pequeñas tragedias. Ella no pertenece a la clase de mimos cuya cara se llena de arrugas y aspavientos. Nada de exageración. Nada convencional. La sola sinceridad de la emoción transfigura a la intérprete. No prepara sus efectos, sus gestos, su cara: ella vive, espera, sufre, y desde lo más recóndito de su ser va revelando sus emociones. Su mirada se apaga, sus labios tiemblan, sus mejillas se encienden, su mano se contrae. Todo es natural, sencillo, delicado, patético. Uno recuerda a la Duse."

Su voz es bonita, no está desprovista de sugestión, pero no ofrece la menor señal de haber sido educada. Canta sin esfuerzo alguno. La melancolía, la fatiga, la ternura, la pasión, todo halla expresión justa en su acento. M. Noziere continúa:

RAQUEL MELLER

"Ella es muy bella. Uno no podría olvidar la expresión de sus labios, la profundidad de sus ojos, la luz de su semblante. Todo en su expresión es idea o sentimiento.

"¿Se la educó alguna vez en su arte? ¿Lo ha pensado ella todo por sí misma? Ella era una muchachita de Cataluña. Llegó a ser una muchacha obrera en Barcelona donde trabaja en un taller de costuras en que se confeccionaban vestiduras eclesiásticas. Durante su trabajo solía cantar. Un empresario la oyó. Le ofreció cinco francos por día.... Pronto se hizo famosa. Ha conocido las alegrías y tristezas de la artista. Ha tenido tantos

reveses como triunfos. Ha servido hasta de asunto de una mala novela...

"En España todos los que escriben canciones tratan de hacer trabajos especiales para Raquel Moller. Los mejores novelistas, los pintores y hasta los políticos condescienden en escribir para ella. Un novelista está muy orgulloso de ser autor de una canción de las suyas, de una canción que ella popularizó. Dos versos que suenan en labios de Raquel Meller, ¿no valen mucho más que toda una obra grande que permanece inédita?"

Robert de Flers en el "Fígaro" declara que la grandeza del arte de Raquel Meller radica en que tiene la apariencia de no ser arte. Es imposible percibir el menor esfuerzo, el más leve sistema.

"Parece que aquellas tristezas que ella nos sugiere las está experimentando por primera vez en aquel mismo momento y que sus esperanzas, sus terrores, sus desilusiones, están todavía frescas en su alma. La cara de Raquel Meller no llama la atención a primera vista; la gracia y la tristeza se esconden en ella, pero súbitamente sus ojos se abren y se le llenan de lágrimas. Cada una de sus expresiones es tan simple, tan verdadera, tan directa que superan con mucho a las palabras. Y así las podemos entender muy bien a despecho de lo deficiente de las explicaciones que se nos han brindado de antemano. Yo no sé cómo explicarme cuál es el carácter especial de esta gran artista; yo creo que es su "intimidad." Cada uno de sus cantos es discreto y da la impresión de una confidencia que se nos hace. Si ella estuviera hablando con todo el público al mismo tiempo forzaría sus efectos, acentuaría su entonación, subrayaría sus gestos o lanzaría un grito más decisivo. Pero ella nunca comete tales errores. Su fresca y desolada voz dice desesperaciones sin llegar hasta el sollozo; sus pequeñas manos se secan furtivamente una lágrima, una lágrima que brilla extrañamente en aquella cara lívida de terror; estas manos tratan de arrojar fuera de sí una pesadilla, se tienden hacia una vaga esperanza... revelan alternativamente pavor o deleite, pero siempre con el pudor del amor o la tristeza."

Raquel Meller no se denomina a sí misma una "diseuse", escribe Edwin Evans en el "Outlook" de Londres—aunque ella es esencialmente eso, y una de las más grandes de los tiempos modernos, ya que ha dominado su principio cardinal, que es el de la moderación en el uso de todos sus recursos. La "diseuse", explica él—vive de la letra de una canción, en tanto que la cantante vive de sus notas.

Es un arte que abunda en tentaciones. Los ignorantes se ven inducidos a exagerar una inflexión o un gesto a fin de subrayar la intención de lo que dice. Ellos tratan de pinchar la inteligencia del auditorio en lugar de refinar la suya propia. Pertenecen al mundo del melodrama, donde una actriz tiene forzosamente que apelar a una exhibición de lágrimas cuando un temblor de los labios sería mucho más eficaz. Pero se necesita de un gran arte para transmitir tanto en tan poco volumen, y la virtud de la probidad sólo pueden observarla los que pueden hacer vibrar los matices más delicados de la emoción como un gran violinista hace vibrar un Strad. Eso es lo que M. Meller consigue. No hay ni siquiera una sombra de exageración en nada de lo que hace. Nada es indebidamente subrayado, nada es amplificado en el presunto interés de la parte más torpe del auditorio. Su interpretación del "Gitanillo" es una obra maestra de discreción y eso es lo que la hace tan impresiva. En ninguna otra forma habría sido posible cantar aquella canción con una voz que tiene muy poca fuerza y en un idioma incomprensible para la mayor parte de la concurrencia, y, sin embargo, de una manera que logró impresionar a todos al mismo tiempo. La manera trágica convencional puede conmovernos superficialmente, pero nunca llega a honduras tan grandes. Aunque nosotros no podemos hablar de tales cosas, sabemos que la humanidad en sus crisis emocionales no se conduce en forma tan extravagante. Como Arkel le dijo a Golaud, "el alma humana sufre tímidamente." El alma de ésta abandonada mujer del pueblo es tímida en su sufrir y esa timidez es más difícil de expresar que todas las tempestuosas explosiones de una reina de la tragedia. El triunfo de la señora Meller consiste en que ella se revela mediante el mero timbre apagado de la voz y el tono general de su semblante y por estos sencillos medios alcanza hasta las más recónditas susceptibilidades de un auditorio reunido para una típica "revue" moderna. Esto es lo que se llama el genio de la interpretación.

La exigente revista "Athenaeum," de Londres, un semanario que nunca transige con los lugares comunes del teatro londinen. se ha dedicado dos artículos a esta notable española: uno es un elocuente tributo a su personalidad, y el otro es un trabajo editorial que explica la amplia significación de su arte. "Porque nosotros somos una raza po-

co expresiva, nos inclinamos, cuando nos entregamos a una pasión, a volverla trizas. Habiéndonos costado tanto trabajo el romper el freno al principio, nos desbocamos después... Lo que necesitamos es ese control que predomina sobre el completo abandono de sí mismo, que fluye como una quinta esencia de la exuberancia misma, no el superpuesto desde el principio.

"Aquí tenemos una hermosa lección de ello, en el modo de cantar y de decir de Raquel Meller. En ella, la pasión de tristeza, de remordimiento, de renunciación, de entrega física, se hace visible por la disciplina de su propio y completo abandono a sí misma. La experiencia imaginativa de la artista ha podido penetrar completamente su alma, y su respuesta está por lo tanto sujeta a un instintivo gobierno tan íntimo, que su acción y su canto son como una continua y sutil revelación. No hay modelos a que puedan referirse sus gestos y las modulaciones de su voz, pues ella ha conquistado el objetivo de todo verdadero artista y creado algo que ostenta el sello auténtico de lo único. En ella el control de sí misma y el impulso de expresión ya no están separados por más tiempo; nacen juntos, por razón de la finura misma de su susceptibilidad. La experiencia imaginada ha impresionado todo su ser sensitivo y así su respuesta al choque está modelada por un principio orgánico, por un ajuste de todo su ser a su nuevo universo.

"Así podemos concebir el lento girar de una flor hacia la luz, o el languidecer de un alma bajo la presión del dolor en un momento dado. Hay un tránsito, un cambio, un renacimiento de todo el ser. Y es esta característica de Raquel Meller lo que la coloca entre los grandes artistas dramáticos del mundo. Ella no nos muestra jamás la entrega, la rendición de una parte a una parte, sino de un todo a otro todo. Así es como al verla nos hemos dicho a nosotros mismos que es así como los hombres y las mujeres serían si ellos fueran totalmente lo que son en su intención, si la mentira no hubiera encallecido sus almas."

Memorías sobre Tolstoy

N. TAZIN

(De "España")

Gorky conoció íntimamente al gran maestro. Fué con frecuencia su huésped en Yanaya Poliana, que, durante los últimos veinte o treinta años de la vida de Tolstoy, fué una especie de Meca espiritual, adonde acudían sabios, escritores, músicos, artistas, de todos los rincones del mundo. Gorky pasó también algunas temporadas al lado de Tolstoy en Crimea.

Hay en el libro de Gorky ("Mis memorias sobre Tolstoy") rasgos conmovedores, observaciones muy finas. Está impregnado de una gran sinceridad, a veces brutal. No suaviza las cosas, no cubre de un velo poético las pequeñas flaquezas del gran hombre. Nos le muestra "au naturel," como un ser humano, sujeto a todas las pequeñeces de la vida. "He tratado mucho a Tolstoy—dice—, hemos charlado durante horas y horas y le he visitado con frecuencia en Crimea; él también venía muchas veces a verme. Con cuidado y cariño he leído sus libros—y me parece que tengo derecho para decir de él lo que pienso, aunque lo que diga sea demasiado audaz y se halle en contradicción con el concepto que se tiene en general de Tolstoy."

"No hay—afirma Gorky—un hombre más digno de ser calificado de genio, más complicado, más contradictorio y tan hermoso en todo—¡sí, en todo!—como lo era Tolstoy. Era bello en un sentido particular, muy lato, intraductible al lenguaje humano: Había en él algo que me inspiraba el deseo de gritar al mundo entero: "¡Mirad qué hombre más admirable vive sobre la tierra!"

"Mientras él vivió sobre la tierra, yo me sentí más seguro, más tranquilo. Ahora, cuando él ya no está, me siento huérfano, y al escribir estas memorias lloro con frecuencia amargamente, como no he llorado nunca.

"No sé si le amaba. Además, ¿qué importancia tiene el amor o el odio en lo que concierne a este gigante? De todos modos, inspiraba a la gente emociones indecibles, fantásticas...

Tolstoy, dice Gorky, tenía unas manos admirables. A pesar de no ser bellas—ni mucho menos—parecían en extremo expresivas, llenas de fuerza creadoras. Unas manos así debía tener Leonardo de Vinci; "Con manos semejantes se puede hacer todo..."

A veces, le producía a Gorky la impresión de un dios, pero no de un dios del Olimpo, sino de un sencillo dios ruso, sin pretensiones, modesto, un poco astuto, acaso más inteligente que todos los demás dioses.

Las relaciones de Tolstoy con Dios eran vagas. A pesar de ser reputado como un gran admirador de Cristo, hablaba de él sin

entusiasmo, sin una chispa de fuego interior. "Me parecía—dijo Gorky—que le tenía por ingenuo y digno de misericordia: a veces le admiraba, pero no le quería."

Una vez dijo que si Cristo hubiera venido a una aldea rusa, las muchachas se hubieran reído de El...

A Tolstoy le gustaba afirmar, que él era un "mujik."

—Soy más "mujik" que todos vosotros —le dijo una vez a Gorky.

Los campesinos, su vida, sus creencias y costumbres, constituían siempre el tema preferido de las conversaciones de Tolstoy.

Le gustaba también plantear cuestiones difíciles, perturbadoras, jugar con su cerebro, como le gusta a un titán distender sus músculos. Con frecuencia entablaba conversaciones sobre el problema sexual. Una vez le dijo a Gorky:

—En cuanto a las mujeres, diré lo que pienso de ellas sólo cuando esté ya con un pie en la sepultura. Yo diré, saltaré al ataud y me apresuraré a cerrarlo para librarme de la venganza femenina.

Sin embargo, hablaba con mucho gusto, y con gran frecuencia, de las mujeres, y siempre en un tono un poco brutal, cínico, como suelen hacerlo los simples campesinos.

Un día—cuenta Gorky—, paseándonos él, Chejov y yo por el parque de Yasnaya Poliana, le preguntó a Chejov:

—¿Usted se ha divertido mucho con las mujeres?

El otro balbuceó algo vago.

—En cuanto a mí—dijo Tolstoy—, yo fuí incansable...

Y pronunció, en un tono muy natural, una palabra extremadamente brutal, cínica.

A pesar de la admiración y afección que le rodeaban, no parecía un hombre feliz.

—El califa Abderrahman—díjole un día a Gorky—gozó catorce días de felicidad durante su vida; yo no los he gozado.

Es verdad—dice Gorky—, el gran maestro estaba siempre poseído de un nihilismo hondo, desesperado. Parecía no creer en nada y le atormentaba la soledad más trágica. Los hombres como Tolstoy están siempre solos.

Al observarle—concluye Gorky—recordaba a los vagabundos, que, con un bastón en la mano, recorren millares de kilómetros horriblemente solos, ajenos a todo y a todos. Hasta en las vísperas de la muerte se sentía solo, y huyó, con su bastón de vagabundo, de su casa, en busca de un ideal vago que le fascinó durante toda la vida.